

mi complexión moral y material, yo viviera feliz y no en esta contrariedad horrible dentro de mi hogar y de mi lecho, la cual exacerba todos mis apetitos y no trae calma ninguna. Debo decirte una cosa horrible: dada tal situación, Agripina hubiera querido hasta ocupar el sitio de una esposa en todos los sentidos de la palabra y en todas sus consecuencias.

— No digas eso, Nerón.

— Lo digo, y además pienso decirte que tras lo dicho por Agripina respecto de Acté, tras lo mandado respecto de Octavia, tras lo hecho respecto de Británico, yo le declaro la guerra y estoy resuelto á no tener paciencia. Morirá Británico, morirá Octavia, y si es preciso, Agripina morirá también.



CAPÍTULO VI

CENAS NERONIANAS

El emperador se divertía de lo lindo en medio del disgusto que le daban su madre Agripina, su hermano Británico, su esposa Octavia, los sermones de Séneca, los versos de Lucano, la súbita castidad de Acté, los asedios á Popea, la pasión despertada en él por esta mujer, sus planes encaminados al goce de estos amores y al seguro de tal goce, las resistencias del patriciado, las murmuraciones del pueblo, los rumores de conspiración en el pretorio, los cuidados por una empresa tan vasta como la muy reflexiva de alzarse con todo el gobierno sin tener en su ejercicio ni competidor ni competencia posibles. Un objeto así, tan extenso como profundo, reclamaba en su realización todo el tiempo, y todo el pensamiento, y todó el trabajo, y toda el alma y toda la vida de quien lo intentaba; y lo emprendía Nerón sumido en la embriaguez de placeres que le absorbían á una en sus asesinas sensualidades y le paralizaban la voluntad necesaria en todo gran proyecto. Tenía, pues, que cambiar, no sólo de costumbres, sino hasta de complexión y de naturaleza. Conjurar el fantasma de la República volviendo de continuo cuanto más pretendían alejarlo;

retener al Senado por una parte y al ejército por otra en sus propensiones contrarias, encaminadas las del uno á restaurar las instituciones libres y las del otro á tener siempre al César por pupilo; emanciparse de una tutela como aquella de Agripina, en quien habían resucitado todas las artes de Livia servidas por el veneno de Locusta; deshacerse del triste Británico sin herir á los pretorianos y de Octavia sin herir á los patricios: empresas aparecían de tanto mayor empeño, cuanto que, para empezarlas y concluir las, habíase menester de una voluntad no embargada por ningún objeto diverso de su realización y cumplimiento. Mas no podía ir á parte ninguna con estas obligaciones, contraídas por su propia voluntad, quien pasaba sucesivamente sus días y sus noches en el juego de azar, en el trinquete á pelotazos, en las carreras de caballos, en el teatro entre histriones, en el circo entre gladiadores; ya tañendo la cítara, ya recitando largos monólogos cómicos y trágicos; de magia y hechicería unas veces, de quiromancia y astrología otras; acompañado por acróbatas y titiriteros; yendo del garito á la zahurda, de la zahurda á la taberna, de la taberna al burdel.

En laberinto tan complicado como el cretense tenía que penetrar, cuando tratara de sacudir un poco las tristezas engendradas por las intimaciones increíbles de su madre á que compartiera el tálamo solitario con Octavia y con Británico aquel trono que Nerón creía único y todo para sí. Veámoslo en acción, veámoslo, y apenas podremos dar crédito á nuestros ojos, según va compelido á todas partes por los impulsos de sus caprichos en vaivenes á cual más brusco y en saltos mortales á cual más peligroso y en empeños entre crueles y ridículos. Rodeábanle varios jóvenes en una orgía propia de aquel tiempo, los cuales jóvenes á roso y belloso proferían todo género de sandeces, sin pararse por modo alguno en barras. Descollaban entre aquella cohorte de calaveras dos, un patricio y un esclavo, el noble Othón y el siervo Tigelino; pues al emperador no le gustaban únicamente los goces para sí mismo, gustábanle hasta los goces de todos los demás; holgándose con el placer ajeno si le faltaban fuerzas para en el propio regodearse, poseído así de una voluptuosidad infinita por lo intensa é inacabable por lo duradera.

— Dimé algo, Tigelino, algo — decía Nerón, tendido sobre su

lecho en la orgía, con todas las señales, no del hartazgo, del hastío al hartazgo anejo, del agotamiento y la impotencia.

— ¿Qué quieres te diga? — le preguntaba Tigelino.

— Pues algo contra alguien — le respondía Nerón á Tigelino.

— Hablemos contra los expendedores de períodos melifluos, empapados en sésamo y en beleño — decía el tal compañero.

— No hablemos contra tales gentes, porque podrían Lucano y Petronio enojarse — decía Nerón.

— Y ¿por qué no añades tu maestro Séneca, por qué? — le preguntó á su vez Othón.

— Cállate, mala lengua — díjole con ironía el César.

— Pretende tamaño sofista que nos trae las ideas del Atica y nos trae las hipérboles del Asia — replicó Othón.

— No te consiento hablar mal de Séneca, por quien yo tengo un verdadero culto. Respecto de los demás, dejémoslos desgañarse cuanto quieran. Como no hablarían si careciesen de auditorio, con no escucharlos basta para destruirlos — dijo filosóficamente Nerón.

— Pues mira, Nerón; ese tropel de imberbes é insulsos escolares, que pasa delante de nosotros riendo y saltando, viene de oírlos: ten la seguridad completa de que mañana mismo repetirán todos ellos sus sandeces — Othón observó.

— No lo creas — observó Tigelino á su vez, — todos están ebrios de sensualidad y sólo se curan de sus voluptuosidades.

— Es verdad, no son tanto camaradas de cátedra, como camaradas de lupanar — Othón añadió.

— Y ¿para qué habían los infelices de estudiar, cuando Themis, la Justicia, se rinde, no á quien más sabe, sino á quien más tiene? — observó Tigelino.

— Sin embargo, van camino de ser dioses — dijo Nerón.

— Lo creo; pues aquí en Roma — replicó Othón, — donde á cada paso tropiezas con un dios, no se tropieza jamás con un hombre.

— Divirtámonos, gocemos, ríamos sin parar mientes en este mundo traidor — exclamó esperezándose Nerón.

— Mira — le dijo Tigelino, — aquí está Bipur.

Y señaló á una prostituta que desdeñara el último esclavo por sucia y que Nerón olisqueaba como el perro á la perra en celo.

— Mira, no caigas en lo primero con que topes, reserva tus fuerzas — le dijeron al César sus dos compañeros de fatigas.

— Yo quiero consagrar la noche á Priapo — exclamó Nerón.

— Pues reposemos un poco — le dijeron sus dos camaradas.

— Reposemos — añadió el emperador.

Y despidiendo á Bipur, que se fué muy contrariada, echáronse á dormir y á roncar los tres como tres cerdos.

— Á casa de Trimalción, que os convida — exclamó, á la media hora de dormir los tres, con estrépito numerosa turba de atletas y gladiadores, interrumpiendo el sueño de los durmientes, que se levantaron muy de mal humor y siguieron como máquinas ó maniqués el empuje.

— Buena bestia ese Trimalción — dijéronse entre sí los dos compañeros del César.

— No murmuréis — les advirtió Nerón — de quien me recrea y me divierte.

— Librennos los dioses — exclamaron ambos calaveras.

— Tengo que prepararme á grandes cosas, y para prepararme á grandes cosas tengo que divertirme á mi sabor y á mis anchas.

— Y nada te divierte como Trimalción — exclamó Tigelino.

— Pues hay alguien que le divierte más todavía — dijo el sátrapa Othón.

— ¿Cómo? — preguntó Tigelino.

— Hazte el descomido, sabiéndolo tanto como yo.

— La mujer de Trimalción, Fortunata — dijo Nerón, — me divierte más que su marido todavía.

— Pues á divertirse llaman — exclamó Tigelino.

— A divertirse de veras — añadió con insistencia Othón.

— Ya sabéis que bajo pena de muerte hállanse todos obligados á no hacerme caso, respetando en mí el disfraz y el incógnito.

Efectivamente, los tres calaveras llegaron á casa de Trimalción: Othón y Tigelino con sus trajes; Nerón, por el bien parecer, muy disfrazado.

— Lo que á este ganapán de Trimalción se le ocurre, á nadie se le ocurrirá nunca — díjole al César su camarada Othón.

— ¿Qué se le ocurre?

— ¿No lo ves?

— ¿Qué?

— Unas jovencillas pican á la puerta con agujas de oro el cutis á los convidados, ingiriéndoles el satirición á fin de aumentar su voluptuosidad.

— Dejémonos picar, Tigelino.

— Dejémonos picar, Nerón, aunque no lo necesitamos.

— Pero después de picados en el rostro y en las manos hay que desnudarse — dijoles á sus dos compañeros Othón.

— ¿Para qué? — preguntó Tigelino.

— Para que nos unten de aceite.

Con efecto, una turba de cínicos bailarines, con sus trajes de color del mirto remangados hasta la cintura, los cogió por su cuenta y les frotó el cuerpo todo con afrodisíacos aceites.

— Pasad á ese gabinete — dijéronles luego.

Y pasaron los tres, vistiéndose allí los trajes de banquete apercebidos para el caso.

— Pasad al cuarto de recogimiento y de reposo, dijeron los domésticos de Tri-

malción á los tres jóvenes, sin distinguir con preferencia de ningún género á Nerón, quien iba, como hemos dicho, de simple particular á esas fiestas, desceñido del carácter cesáreo por un momento y queriendo que lo tratasen como á un simple mortal; pues de lo contrario, viéndose tratado como un dios, nunca se divertía, y en aquellos divertimientos se holgaba mucho, aunque al respeto le faltasen.

— Entrad, entrad — repitieron los siervos á los recién llegados.



Bailarina

CAPITULO VI
BAILARINA

Y los tres calaveras entraron á descansar de las picaduras que en el rostro les habían hecho para despertar sus sentidos las muchachas, y de la paliza que para prepararles el estómago les habían propinado los atletas con sus aceites al cuerpo. Y entraron. Mas, en cuanto entraron, como vieran tres lechos aparejados, tendiéronse sobre sus colchones de púrpura puestos en armadura de marfil, y durmieron nuevamente, roncando á su sabor, hasta que los despertaron unas cadencias báquicas de voluptuosos címbalos. Al despertarse todos á tales horrorosos estruendos, encontráronse Othón y Tigelino con que les habían vuelto negros enmascarándoles el rostro con un betún compuesto de sebo y hollín. Gritaron como energúmenos, invocando los dioses infernales sobre aquella soez familia; y Nerón rió mucho el disgusto, porque con él no se habían metido para nada, ni le habían tocado un punto el pelo de la ropa. Mucho les costó lavarse, pero se lavaron, y más ponerse como el ampo de la nieve, pero se pusieron; pasando entre burlas y chacotas adelante con espacio, pues se necesitaban más iniciaciones para entrar en la cena de Trimalción que para entrar en los misterios de Isis ó Eleusis. Con efecto, habíanles los danzantes dejado de su puño, cuando se les presenta un coro de jóvenes y desnudos ganimedes, los cuales ofrécnles en sus copas vinos de Falerno y en sus labios besos de voluptuosidades horrorosas é infames. Pero no había más remedio que seguir todos los ritos de aquella liturgia sensual, y pasaron por cuanto exigía el anfitrión para el ingreso en sus cenas. Ya dentro, les ofrecieron otro no menos horrible y apenas verosímil espectáculo en sitio donde trocaban unos esclavos, reunidos para ello, las muchachillas de nueve á diez años en mujeres, entre chacotas y risotadas de aquellos espectadores verdaderamente criminales, cuyos crímenes, por inverosímiles apenas creeríamos, si no estuviesen todos ellos certificados por la tradición y por la historia. Poco á poco llegaron los tres amigos á la puerta del festín.

- Verás cosas extrañas - murmuró el buen Tigelino á la oreja de Nerón.

- ¡Ya lo creo! - dijo éste.

- Trimalción anuncia los platos con trompeta.

- ¡Buena ocurrencia!

- Y luego tiene un reloj que señala cuánto se ha tardado en comer cada uno de los manjares.

- Hombre como él no le hay - observó riéndose con ganas Othón.

- Pues aún hace más: como padece de la orina, lleva delante de sí el cuitadísimo cierto vaso de plata con tapadera de oro.

- Y en efecto - añadió Tigelino, - ahí está.

Y apareció Trimalción. Iba en litera, coronábalo grande pelucón de púrpura y envolvíalo hermosa túnica del mismo color y materia. Los siervos arrojaban sus cuerpos al paso como si fueran alfombras; los músicos le tocaban flautas al oído; las alquiladas hetairas le quemaban pastillas de perfume cerca del olfato en áureos braseros, y un coro de farsantes, vestidos de verde y adornados con cintas escarlatas, cantaban todos á una con acompañadísima cadencias. Así, cuanto se descubría en torno suyo era extraño. Había pintado un perro en la portería con tal realismo, como ahora se dice, que los chicos se asustaban, creyéndose amenazados de mordedura cierta. Junto á esta figura veíase un mercado



La Fortuna (Estatua del Vaticano)

de siervos con sus respectivos precios al cuello y á Trimalción entrando como un vencedor en él bajo los mismos arcos de triunfo erigidos en honor de los verdaderos é históricos defensores. Un poco más lejos aparecía con su caduceo en la mano, sus alas á los pies, en la cabeza el capacete, disfrazado de Mercurio, que es dios en transacciones y en tercerías. No lejos de allí coronaba con laureles

al glotón la Fortuna y le tejían la vida con hilos de oro las Parcas sin tijeras. En una gran caja de cristal y piedras preciosas había guardado la barba primera que se afeitara, y en un armario el repuesto de dioses lares que le protegían y amparaban. Excusamos decir que, habiéndose presentado allí de parranda Nerón y sus dos compañeros á holgarse y divertirse, no cesaban un punto en sus risas y burlas cada vez más exageradas por su sentido y más fragorosas por su estruendo.

— Mira — decía Tigelino á Nerón — los siete planetas, los cuartos de luna, los días faustos y nefastos.

— Hoy es fausto para Trimalción y para nosotros nefasto — decía el emperador.

— ¿Cómo nefasto, cuando nos proponemos recrearnos de todos los modos posibles? — Othón preguntó.

— Está en lo justo nuestro camarada — observó Tigelino; — imposible sea día nefasto este de tanto goce y bureo.

Con efecto, un esclavo griego desnudo, semejante á estatua de los primeros escultores, alzabase de pie á la puerta de los estrados y decía con grandes instancias á los recién llegados estas palabras:

— Entrad con el pie derecho.

Un esclavo de Alejandría invitaba á cada convidado á lavarse los dedos con agua de nieve muy fría vaciada desde un aguamanil de plata muy hermoso. Otros lavaban en ajofainas de oro los pies á cada huésped, mondándoselos como diestros consumados callistas. Los de más allá escanciaban viejo Falerno en vasos murrinos. Y todos cantaban á una, formando armoniosísimo coro; pues no había criado en aquella casa que no tuviera, sobre su particular oficio, en debida consonancia con cada oficio respectivo, la mayor destreza y habilidad imaginables en el difícil arte de la música. Trimalción se reservó el sitio de honor que no podía ceder al César, yendo éste como iba disfrazado y sin la menor insignia recordatoria de su dignidad y de su cargo. Así es que sus dos compañeros y él se tendieron en lechos recatados y retiradísimos, sin que nadie se parara en su colocación y en su sitio, pues aunque todos á una supieron con quién comían, ninguno se daba por entendido, en el recelo de suscitar las neronianas iras, más temibles que cualquier plaga de las muchas existentes en el universo mundo. Empezaron los platos con

aperitivos que consistían en salazones muy provocativas de la sed y en aceitunas verdes y negras muy regaladas; todo ello servido en menesteres compuestos de metales preciosos repujados con el nombre de Trimalción y regulados por diversas formas, á cual más caprichosa ó arbitraria ó bizarra, en remedos de seres materiales pertenecientes á todos los reinos, en que la creación se divide y clasifica, por verdaderas entrelazadas series. Pero lo más extravagante de todo lo allí presentado y sucedido consistió en el paseo dado á Trimalción entre las mesas mientras los convidados abrían el apetito con los ya sabidos excitantes. Llevábanlo en unas andas sobre los hombros y medio tendido, con su cabeza sobre la izquierda mano para dejar á la derecha el desembarazo necesario á los violentos y exagerados y repetidos saludos. Un capuchón de púrpura lo cubría como á un emperador de Asia; bajábale del cuello al vientre una servilleta de seda india; relucíanle las numerosas sortijas de los dedos con relucientes fulgores, y en los brazos esplendían brazaletes de oro y marfil, dándole tales brocados y tan relucientes metales aire de un sátrapa ó de un ídolo asiático. Tras la procesión lo sentaron sobre la sede mayor, y en cuanto hubo engullido los manjares que abrían la cena, varios pregoneros, á cuyos pregones precedían estridentes toques de trompeta, iban anunciando en desaforadas voces los subsiguientes platos:

— Huevos de pavo real — dijeron á voces aquellos extrañísimos heraldos.

— ¿Huevos? — preguntó Tigelino con extrañeza.

— Veamos.

Y los rompieron cada cual dando con ellos en la frente de sus vecinos, broma con la que armaron terrible algazara.

— Mirad, mirad.

— ¿Qué?



Pregonero

— Dentro de cada huevo — refirió Nerón á risotadas — hay un sabroso pajarito, aderezado con salsa de yemas salpimentadas.

— Pues aún es más curioso lo que ahora llega.

— ¿Qué?

— La procesión de siervos nubios.

— Con efecto, hacen muy bien las vestimentas blancas realzando la piel negra.

— Vino de Falerno — gritaban los voceadores, — del consulado de Opimio; es decir, de hace ahora cien años.

— Bebedlo, bebedlo, bebedlo — gritaba con voces más estentóreas que las de su pregonero el buen Trilmación, — que bebéis de lo bueno. Ayer tuve otra cena, y no dí á catar tales néctares, no obstante ser mis convidados de superior calidad á los de esta noche.

Semejante salida de tono conmovió mucho al concurso, mucho, sabiendo todos como sabían que Nerón se hallaba presente. A éste, á Tigelino, á Othón les causó mucha risa la ocurrencia, que no dejaba de tener gracia, siquiera fuese molesta para el emperador, expuesto á tales villanías bajo sus calaverescos disfraces. Pero bien pronto una cosa nueva divirtió á otro lado la general atención. Dentro de medios globos, compuestos por preciosos metales, traían aves asadas, puestas en círculos, cuyos radios estaban ocupados con liebres, á las que se les habían puesto alas postizas para que figurasen ó fingiesen el Pegaso. De cuatro fuentes fluían cuatro salsas multicolores, las cuales iban á dar en cuatro correspondientes pilones, donde nadaban peces cocidos, que se movían y coleteaban cual si estuviesen vivos. Las trompetas, las flautas, los címbalos, las zambombas, los órganos hidráulicos, todos los instrumentos habidos en la casa entonaron una sinfonía fragorosisima, á cuyas cadencias los siervos danzaron en posturas tan violentas y con gritos tan atronadores que parecían locos escapados de sus respectivos encierros. Y concluído este aquelarre, un gran silencio reinó para que Trimalción pronunciase un discurso acerca de las excelencias del festín.

— Mirad — exclamaba el buen anfitrión, — mis dominios son tan extensos que se cansaría un milano volando en línea recta sobre su longitud. Las lanas sobre que os halláis acostados las traje de

Tarento á mi dehesa parthenopea; la miel que gustáis proviene de colmenas donde se han cruzado abejas traídas del suelo ático y abejas romanas; las sedas se han recogido con cuidado tras una siembra de simiente suya encargada en las Indias: todo lo cual me ha costado cahices de sonantes y contantes áureos escudos. Pues nada os digo de todo lo demás. Esta bóveda bajo la cual cenáis está compuesta, como un cielo de Arato, con todos los signos que reúne nuestro sol en su triunfal carrera. Y cada signo tiene las calidades por él prestadas con su influjo á cada uno de los bajo ellos nacido. El borrego protege á los ganaderos, el toro á los recalitrantes, los gemelos á las yuntas y otras parejas, el león á los glotones, la virgen á los cobardes, la balanza por el peso á los carniceros que siempre pesan mal, el escorpión á los envenenadores, el sagitario á los bizcos, el gusano á los taberneros, el pez á los retóricos.

— ¡Bravo, bravo! — gritaban todos al final de semejante arenga, subseguida de un trompetazo y de un grito que daban todos con estruendo correspondiente á la fase del monstruoso banquete.

— Cambio de manteles — dijo el heraldo.

— Con efecto — exclamó Nerón, — ahora debe llegar lo bueno, pues representan estos lienzos una montería.

— ¿Pues no oyes cómo ladran los perros de Lavinia? — le observó el diligente Othón.

— Ya están aquí — exclamó Tigelino.

— ¡Hermosos perros! — exclamó Nerón, acariciando una trailla suelta de lebreles que corrían y ladraban en todas direcciones alrededor de las mesas.

— Pues lo más curioso no es esto, sino el gigantón, ceñido de amplio delantal y armado de cuchilla grande, á cuyos sendos lados vienen dos enanillos con esportillas de palmas, los cuales llevan dátiles de la Siria y dátiles de la Tebaida, seguido por un jabalí de cuyo costado saldrán piando ligeras codornices que rozarán las frentes nuestras con sus alas.

Y el programa se cumplió tal como Tigelino lo anunciara, y á cada convidado le tocó una codorniz represa por los esclavos y dos puñados de las sendas datileras predecesoras del extrañísimo plato.

— Ahora vienen las uvas — dice Othón, — traídas por un esclavo, el cual se viste de Baco.